

DESDE LA CEIBA

Boletín Digital

Nº 325 (Extra) La Habana, miércoles 24 de enero de 2018

Editor Tato Quiñones

El Placer de Leer

La INFORMACIÓN de por sí no puede cambiar el mundo, pero sí puede crear una conciencia para que la gente cambie el Mundo

La blogsfera está pariendo el nuevo periodismo de Cuba y es un parto de riesgo. Nacerán hijos legítimos y también bastardos, porque en épocas como esta importan más el talento y la valentía que los títulos y las maestrías.

Sumario

...yo he tratado más de releer que de leer, creo que releer es más importante que leer, salvo que para releer se necesita haber leído.

Borges

- **Muere el poeta chileno Nicanor Parra (3)**
- **El regreso de El Conde por Lucía López Coll (9)**
- **Cien años de soledad, cincuenta años después por Roberto Méndez Martínez (11)**
- **Los siete capítulos olvidados de 'Cien años de soledad' por Álvaro santana acuña (14)**
- **Un libro sobre encuentros personales y deshielos por Roberto Méndez Martínez (18)**
- **Un Haití diferente visto por una periodista cubana por Marilyn Bobes (21)**
- **¿Qué es un libro en el mundo digital? por Roger Chartier (23)**

- **El libro digital cubano: una batalla contra la tradición** por Marilyn Bobes (25)
- **Las Ferias del Libro en La Habana** por José Antonio Michelena (27)
- **¿Por qué nada puede eclipsar mi terca necesidad de estar aquí? Mi libro** por Eduardo del Llano (30)
- **De eufemismos y otros asuntos del lenguaje** por Juan Nicolás Padrón (32)

El Cíclope Tuerto

- **Deberíamos leer menos** por Hans Magnus Enzensberger (38)

Muere el poeta chileno Nicanor Parra (*La Vanguardia*)

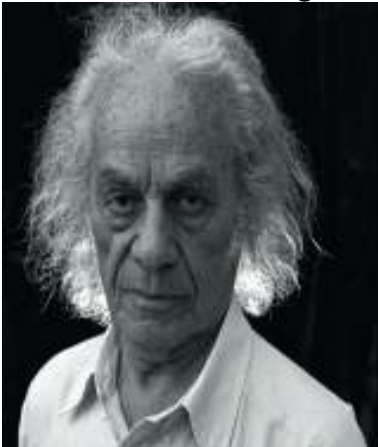
El poeta chileno Nicanor Parra, creador de un movimiento llamado “antipoesía” y ganador de numerosos galardones literarios, entre ellos el Premio Cervantes, ha muerto hoy en Santiago, a los 103 años. El deceso del autor de *Hojas de Parra*, *Poesía y Antipoesía* y *Versos de Salón*, entre otras obras, ha sido confirmado por el ministro chileno de Cultura, Ernesto Ottone.

El deceso de Parra, uno de los autores más reputados de la literatura hispanoamericana del siglo XX, se produjo en la madrugada de este martes. El poeta, matemático y físico, hermano de la cantautora y artista Violeta Parra, pasó sus últimos años de vida en su casa de la localidad costera de Las Cruces, una localidad que se encuentra a unos 120 kilómetros de la capital chilena.

La presidenta de la República de Chile, Michelle Bachelet, ha lamentado la muerte de Parra: “Chile pierde a uno de los más grandes autores de la historia de nuestra literatura y una voz singular en la cultura occidental. ¡Estoy conmovida por el fallecimiento de Nicanor Parra! Mi más profundo pésame a su familia”, ha escrito a través de su cuenta de Twitter.

Según el crítico literario Harold Bloom, Nicanor Parra fue incuestionablemente uno de los mejores poetas de Occidente. Hermano mayor de una familia de genios, Parra era también el superviviente de una generación de célebres poetas chilenos, como Gonzalo Rojas, Pablo Neruda, Vicente Huidobro y Gabriela Mistral.

El fallecimiento del "antipoeta" se produce después de que hace unos meses se publicara *El último apaga la luz*, una amplia y cuidada selección de su obra, que abarca desde el inaugural *Poemas y antipoemas* (que se incluye íntegro) hasta los *Discursos de sobremesa*, pasando por *Canciones rusas*, *Sermones y prédicas del Cristo de Elqui*, *Lear, rey mendigo* y *Hojas de Parra*, más algunos poemas dispersos como "Quédate con tu Borges" o "El rap de la Sagrada Familia".



Nicanor Segundo Parra Sandoval (San Fabián de Alico, Chile, 5-9-1914) Poeta, hermano de la célebre cantautora

Violeta Parra (1917-1967). Su padre fue improvisador de versos; su madre, tejedora.

Cursó estudios de matemáticas y física y fue catedrático en esas especialidades. Cofundador de la *Revista Nueva*.

Después de sus estudios primarios y medios en Lautaro y Chillán respectivamente, se graduó en Santiago como profesor de Matemáticas en el año 1937, tras haber estudiado en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, donde más tarde enseñó como docente. En la Universidad de Brown, con una beca otorgada por el «Institute of International Education», entre los años de 1943 y 1947, se especializó en Mecánica Avanzada. En 1948 es nombrado director interino de la Escuela de Ingeniería de la Universidad de Chile. En 1949 viaja a Inglaterra, con beca del Consejo Británico. Estudia cosmología con E. A. Milner, permaneciendo en Gran Bretaña hasta 1951.

Después enseña matemática y física en la Universidad de Chile.

Nuevamente, es invitado a diversos países: Estados Unidos, Unión Soviética, China Popular, Cuba, Perú, Panamá, México, etc. En Nueva York, en 1971, dirigió en la Universidad de Columbia un taller de escritores.

Su primer libro, *Cancionero sin nombre* (1937), recoge una poesía de carácter popular en la que destacan los temas de la aldea, la pobreza, el amor y la vida en familia; sin embargo, fue con su siguiente libro, titulado *Poemas y antipoemas* (1954), donde la originalidad e imaginación, al mismo tiempo que una gran riqueza verbal y humorística, destacaron por encima de cualquier formalismo y retórica, una línea que él mismo denomina «antipoesía». Esta renovación de proyecciones internacionales se prolonga en una docena de obras más:

La cuesta larga (1958), *Versos de salón* (1962), *Manifiesto* (1963), *Canciones rusas* (1967), *Artefactos* (1972), *Sermones y prédicas del Cristo del Elqui* (1977), *Nuevos sermones y prédicas del Cristo del Elqui* (1979), *Artefactos II* (1982), *Poemas y antipoemas a Eduardo Frei* (1982), *Chistes para desorientar a la po(lic)esía* (1983), *Poesía Política* (1983) y *Coplas de Navidad* (1983).

En 1969 recibe el Premio Nacional de Literatura en Chile, «... al autor que ha conseguido introducir el lenguaje cotidiano en la poesía tradicional». En 1991 es galardonado por segunda vez en su país, esta vez con el Premio Internacional Juan Rulfo, del que fue el primer ganador, ya que era la primera edición de este premio. En diciembre de 2011 Nicanor Parra gana el Premio Cervantes, considerado el galardón más importante de las letras hispanas y que concede el Ministerio de Cultura al conjunto de la obra de un autor que con el conjunto de su obra ha contribuido a enriquecer el legado literario hispánico. En junio de 2001 había sido galardonado con el X Premio Reina Sofía de Poesía Iberoamericana y en 2010 fue finalista al Premio Príncipe de Asturias de las Letras.

Con motivo de su noventa cumpleaños, en agosto de 2004 se inauguró en la Casa Museo de Isla Negra una antiexposición dedicada al poeta chileno.

Parra es el superviviente del grupo más señero de poetas chilenos contemporáneos, junto a Pablo Neruda, Gabriela Mistral, Vicente Huidobro y el también premio Cervantes, Gonzalo Rojas. Parra ha ejercido enorme influencia, entre otros, en el novelista Roberto Bolaño.

**LO
QUE
EL
DIFUNTO
DIJO DE
SÍ
MISMO por Nicanor Parra**

*Aprovecho con gran satisfacción
Esta oportunidad maravillosa
Que me brinda la ciencia de la muerte
Para decir algunas claridades
Sobre mis aventuras en la tierra.*

*Más adelante, cuando tenga tiempo,
Hablaré de la vida de ultratumba.
Quiero reírme un poco
Como lo hice cuando estaba vivo:
El saber y la risa se confunden.*

*Cuando nació mi madre preguntó
Qué voy a hacer con este renacuajo
Me dediqué a llenar sacos de harina
Me dediqué a romper unos cristales
Me escondía detrás de los rosales.*

*Comencé como suche de oficina
Pero los documentos comerciales
Me ponían la carne de gallina.*

Mi peor enemigo fue el teléfono.

Tuve dos o tres hijos naturales.

*Un tinterillo de los mil demonios
Se enfureció conmigo por el «crimen*

De abandonar a la primera esposa».

*Me preguntó «por qué la abandonaste»
Respondí con un golpe en el pupitre:
«Esa mujer se abandonó a sí misma».*

Estuve a punto de volverme loco.

*¿Mis relaciones con la religión?
Atravesé la cordillera a pie
Disfrazado de fraile capuchino
Transformando ratones en palomas.*

*Ya no recuerdo cómo ni por qué
«Abracé la carrera de las letras».*

*Intenté deslumbrar a mis lectores
A través del sentido del humor
Pero causé una pésima impresión.*

Se me tildó de enfermo de los nervios.

*Claro, me condenaron a galeras
Por meter la nariz en el abismo.*

*¡Me defendí como gato de espaldas!
Escribí en araucano y en latín
Los demás escribían en francés
Versos que hacían dar diente con diente.*

*En esos versos extraordinarios
Me burlaba del sol y de la luna
Me burlaba del mar y de las rocas
Pero lo más estúpido de todo
Era que me burlaba de la muerte*

¿Puerilidad tal vez? — ¡Falta de tacto!

Pero yo me burlaba de la muerte:

*Mi inclinación por las ciencias ocultas
Hízome acreedor al sambenito
De charlatán del siglo dieciocho,
Pero yo estoy seguro
Que se puede leer el porvenir
En el humo, las nubes o las flores.*

Además profanaba los altares.

Hasta que me pillaron infraganti.

*Moraleja, cuidado con el clero.
Me desplazé por parques y jardines
Como una especie de nuevo Quijote
Pero no me batí con los molinos
¡Nunca me disgusté con las ovejas!
¿Se entenderá lo que quiero decir?*

*Fui conocido en toda la comarca
Por mis extravagancias infantiles
Yo que era un anciano respetable.*

*Me detenía a hablar con los mendigos
Pero no por motivos religiosos
¡Sólo por abusar de la paciencia!
Para no molestarme con el público
Simulaba tener ideas claras
Me expresaba con gran autoridad
Pero la situación era difícil
Confundía a Platón con Aristóteles.*

*Desesperado, loco de remate
Ideé la mujer artificial.*

*Pero no fui payaso de verdad
Porque de pronto me ponía serio
¡Me sumergía en un abismo oscuro!
Encendía la luz a medianoche
Preso de los más negros pensamientos
Que parecían órbitas sin ojos.*

*No me atrevía ni a mover un dedo
Por temor a irritar a los espíritus.*

*Me quedaba mirando la ampolleta.
Se podría filmar una película
Sobre mis aventuras en la tierra
Pero yo no me quiero confesar,
Sólo quiero decir estas palabras:
Situaciones eróticas absurdas,
Repetidos intentos de suicidio
Pero morí de muerte natural.*

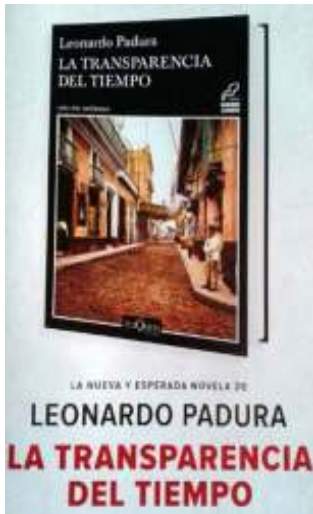
Los funerales fueron muy bonitos.

El ataúd me pareció perfecto.

*Aunque no soy caballo de carrera
Gracias por las coronas tan bonitas.*

***¡No se rían delante de mi tumba
Porque puedo romper el ataúd
Y salir disparado por el cielo!***

El regreso de El Conde por Lucía López Coll (IPS)



Mario Conde, el carismático protagonista de la exitosa saga policial creada por Leonardo Padura, vuelve a reencontrarse con sus lectores en *La transparencia del tiempo*, la más reciente novela del reconocido escritor cubano.

Un poco más viejo, quizá más reflexivo y mucho más escéptico, el ex teniente investigador criminal, Mario Conde, debe resolver un nuevo caso —otra vez al margen de las instituciones oficiales—, acompañado de sus eternos y queridos amigos: el Flaco Carlos y la eterna Josefina; el reformado Candito, *El Rojo* y Yoyi, *El Palomo* (el exitoso hombre nuevo), además de la mujer más importante de su vida, la siempre hermosa Tamara.

En esta ocasión, el Conde intentará develar el misterio que rodea la desaparición de una supuesta y rara Virgen de Regla, que lo obligará a sumergirse con dolor y sin anestesia en los cada vez más diferenciados y distantes estratos de la sociedad cubana contemporánea.

Publicada por Tusquets Editores, integrada ahora al Grupo Planeta, *La transparencia del tiempo* se presentó de manera simultánea el pasado 16 de enero en las librerías de España, Argentina y México, y ya se inició su traducción a otros seis idiomas, entre ellos, el francés, el griego y el alemán.

Paralelamente, Padura participó en el Annual Key West Literary Seminar, cuya 36 edición se celebró del 11 al 14 de enero en el vecino territorio estadounidense de La Florida y, en esta ocasión, estuvo dedicado a la literatura y a los escritores del Caribe. El formato del evento mezcla lecturas, charlas, paneles y conversaciones, con reservas anticipadas por los lectores interesados en un encuentro más cercano con los escritores de esta área geográfica tan rica y diversa desde el punto de vista cultural. Entre los escritores más reconocidos estuvo Jamaica Kincaid, nacida en Antigua y actualmente radicada en Estados Unidos, que ha sido nominada al National Book Award.

Como parte de este viaje por el sur de La Florida, Leonardo Padura fue invitado a participar en una charla con sus lectores en la librería Books & Books de Coral Gables. En esta ocasión, el escritor fue presentado por el promotor cultural Nat Chediak, en una tertulia abierta al numeroso público, que desbordó la sala y finalizó con la firma de libros.

Desde finales de enero e inicios de febrero, Padura realizará una gira promocional por varias ciudades de España, que comenzará en Zaragoza, donde recibirá el Premio de Honor Arangón Negro por sus aportes a la novela policial iberoamericana.

Cien años de soledad, cincuenta años después por Roberto Méndez Martínez (IPS)

Para los cubanos, Gabriel García Márquez fue el escritor por antonomasia y tanto Macondo como toda la progenie de los Buendía andaban en boca de todos.

Ha transcurrido medio siglo desde que un grupo de lectores inadvertidos abrió en Buenos Aires una novela de autor desconocido y comenzaron a leer estas líneas más bien alucinantes: “Muchos años después, frente al pelotón de fusilamiento, el coronel Aureliano Buendía había de recordar aquella tarde remota en que su padre lo llevó a conocer el hielo.” Había nacido *Cien años de soledad*.

Por esas fechas Gabriel García Márquez tenía 40 años y no era ningún niño prodigio. Había ejercido el periodismo por casi dos décadas en su natal Colombia y publicó sin mucha fortuna dos novelas: *La hojarasca* (1955) y *La mala hora* (1962). También había dado a la luz el relato *El coronel no tiene quien le escriba* (1961) y el volumen de cuentos *Los funerales de la Mamá Grande* (1962) pero la maestría de estos solo sería reconocida después, a la luz del éxito de *Cien años de soledad*.

Gracias al riesgo que decidió correr Francisco Porrúa, el director de Sudamericana en Buenos Aires, una novela emblemática venía a nutrir la hoguera del *boom* narrativo americano que ya se nutría con *La muerte de Artemio Cruz* de Carlos Fuentes (1962), *La ciudad y los perros* de Mario Vargas Llosa (1962), *Rayuela* de Julio Cortázar (1963) y *Paradiso* de José Lezama Lima (1966), por solo citar algunas de las más notables.

Sin embargo, *Cien años de soledad* no se limitaría a ser un éxito de crítica, ni el tema de conversación de una élite ilustrada en los cafés de Buenos Aires, Bogotá o Barcelona. Se convertiría en un libro de culto para esa entelequia que se llama lector común. El libro empleaba el idioma de una manera engañosamente sencilla, la acción fluía contada muy al modo de los narradores populares y prescindía de toda pose culterana.

El mundo de Macondo resultaba hartamente familiar para el público latinoamericano: repúblicas bananeras, guerras entre liberales y conservadores, militares iletrados. Sin embargo, esos elementos, presentes en la narrativa del Continente desde el siglo anterior, ahora venían aderezados por un ingrediente especial, un realismo mágico que borraba los límites entre historia y ficción, entre lo verosímil y lo delirante, pero, sobre todo, contado con esa naturalidad que ponen las comadres de cualquier punto de América para relatar las más desmedidas patrañas. Los que asistimos por primera vez a la ascensión a los cielos de Remedios la Bella, podemos comprender perfectamente lo que eso significa.

Después los críticos avisados insistirían en que García Márquez seguía a William Faulkner en eso de crear una región imaginaria que resumía los problemas y caracteres de un espacio mucho mayor, pero nadie pudo quitarle su invención exclusiva de Macondo, ese sitio tan local, tan aparentemente pequeño, pero que mezcla en su interior los elementos principales de la condición humana.

El autor supo aprovechar con creces su experiencia periodística al forjar en apenas dieciocho meses su novela. Es evidente que prefirió la transparencia de la narración a los juegos barrocos con el lenguaje que estaban de moda entre muchos de sus colegas. Parecía más dado a la tarea de informar y persuadir que a la de exhibir su virtuosismo conformando varios planos o produciendo efectos de luz y sombra. Nada de acciones implícitas, allí todo parecía hartamente evidente, bajo el implacable sol y las lluvias torrenciales de Macondo y además, con el marcado ingrediente periodístico de los detalles. ¿Por qué Remedios tiene que ascender a los cielos unida a las sábanas que estaba tendiendo? ¿Por qué era necesario registrar como si fuera un parte meteorológico que llovió “cuatro años, once meses y dos días”? Porque García Márquez, como cronista experimentado, sabía que a los lectores les apasionaban más los detalles aparentemente nimios que los grandes asuntos, quizá porque sentían que, gracias a ellos, los personajes importantes de los periódicos se parecían a la humanidad común.

La novela tuvo éxito en todas partes. En 1968 ya estaba traducida al francés y en 1970 se publicó en inglés en una traducción de Gregory Rabasa que ya había vertido a ese idioma *Rayuela* y se preparaba para el mismo empeño con el monumental *Paradiso*. Los lectores anglosajones tomaron el libro como suyo y multiplicaron su condición de *bestseller*. Muy pronto hubo otras traducciones al checo, el danés, el eslovaco, el esloveno y hasta al esperanto, por aquello de darle una dimensión auténticamente universal.

En Cuba vio la luz muy pronto, gracias una edición sobria y elegante de cubierta amarilla en la Colección Literatura Latinoamericana de la Casa de las Américas, sin embargo su popularidad reclamó enseguida una edición Huracán, reimpresa más de una vez, porque el libro se leía en todas partes, lo mismo en un ómnibus, un campamento cañero o un aula de preuniversitario, a pesar de que la pésima encuadernación hacía que las páginas, apenas leídas, se desprendieran del volumen y si este caía al suelo, hacía falta más de un par de manos para recomponerlo. Por entonces —1969, 1970 y mucho después— para los cubanos García Márquez era el escritor por antonomasia y tanto Macondo como toda la progenie de los Buendía andaban en boca de todos.

Muchos años después, cuando viví tres meses en la húmeda y hostil Bogotá, pude comprender enseguida la diferencia cultural entre cachacos y costeños, bastaba con recordar el habla y pretensiones de Fernanda del Carpio frente a la silvestre naturalidad de los Buendía.

A mi juicio, con esta novela García Márquez ganó tal altura que él mismo no pudo superarla. *El otoño del patriarca*, ese libro sin puntos y aparte, resultó un texto virtuoso y atractivo solo para los críticos y ciertas élites y *El general en su laberinto*, más allá de su reflexión existencial sobre Bolívar era una empresa a ratos tediosa. Muchos agradecieron el hilo sentimental de *El amor en los tiempos del cólera*, pero allí, como ocurre después de manera mucho más evidente en *Del amor y otros demonios*, hay ya una tendencia a repetir efectos, situaciones, maneras de hacer, una especie de parodia de sus propios logros.

Cerrada ya la obra de este autor, prefiero asociarla casi exclusivamente con *Cien años de soledad* y algunas de las piezas breves que están en su órbita como *El coronel no tiene quien le escriba*, *Monólogo de Isabel viendo llover en Macondo* y ese largo y excepcional cuento que es *La increíble y triste historia de la cándida Eréndira y su desalmada abuela*. Tal vez sumaría, como ejemplo de escritura lograda, como un mecanismo de relojería, la *Crónica de una muerte anunciada*. De todos modos no son muchos los narradores latinoamericanos, por mucho papel que hayan emborronado, que puedan dejar un legado comparable con ese.

Como todo éxito trae su maldición, la progenie de *Cien años de soledad* fue tan extensa y monstruosa como los niños con cola de cerdo que nacían de las relaciones incestuosas en Macondo. En unos casos algunos creyeron que era esa la forma natural y definitiva de escribir en América, en otros casos fue sencillamente la fórmula para encubrir la propia mediocridad. Todavía, aquí y allá, tropezamos con libros que ni son realistas y mucho menos mágicos aunque lo pretendan. La literatura de América, desde Fernando del Paso a Roberto Bolaño y Leonardo Padura va por otros derroteros. Sin embargo, la novela que comentamos, como ciertas mujeres inteligentes, sabe envejecer muy bien.

Los siete capítulos olvidados de 'Cien años de soledad' por Álvaro santana acuña* (*El País*)

García Márquez publicó episodios sueltos para sondear al público antes de terminar la novela

Meses antes de terminar *Cien años de soledad*, Gabriel García Márquez arrastraba serias dudas sobre la calidad de una novela que acabaría convertida en un clásico de la literatura. “Cuando leí lo que llevaba escrito”, confesó por carta a un amigo, “tuve la desmoralizante impresión de estar metido en una aventura que lo mismo podía ser afortunada que catastrófica”. Algo poco conocido es que García Márquez publicó siete capítulos de *Cien años de soledad* para aplacar esas dudas. Y lo hizo cuando aún no había acabado la novela (la concluyó en agosto de 1966) ni había firmado el contrato con la Editorial Sudamericana, que rubricó el 10 de septiembre del mismo año. La novela salió el 30 de mayo de 1967. El próximo martes se cumplirán 50 años.

Los siete capítulos se publicaron en periódicos y revistas que circulaban en más de 20 países. Representan más de un tercio de la novela, que en total tiene 20 capítulos. Ni siquiera hay copias de los mismos en el archivo personal de García Márquez en el Harry Ransom Center en Texas, que guarda su legado. Para encontrar su rastro hay que recorrer bibliotecas en Francia, Estados Unidos, Colombia y España.

Los capítulos cayeron en el olvido porque se creía que eran idénticos a los publicados en la primera edición de 1967 de la novela. Pero la comparación de las versiones descubre una realidad diferente. Desde la primera página hay cambios en el lenguaje, la estructura, la ambientación y la descripción de los personajes. De ahí que estos capítulos olvidados sean de un gran valor literario para entender cómo fue escrita la novela. García Márquez afirmó haber quemado las notas y los manuscritos preparatorios tras recibir la primera copia del libro.

Hasta 42 cambios

El primer capítulo salió el 1 de mayo de 1966 en *El Espectador* de Bogotá, cuando aún le quedaban tres meses para finalizar la obra. Entre esa versión y la edición final de 1967 hay hasta 42 cambios significativos que aparecen desde la primera página. Las casas de Macondo, por ejemplo, no eran “de barro y caña brava” como en la edición final, sino simplemente de “adobe”. El escritor buscaba un lenguaje más preciso.

También hay modificaciones importantes en la estructura general de la novela. Por ejemplo, en la edición de 1967, la acción destructora de las termitas que anuncia el declive de la casa de la familia Buendía se describe hacia el final de la novela. Pero en la versión de *El Espectador*, “el comején socavaba los cimientos de la casa” desde el primer capítulo.

Referencias tan iniciales a las termitas restaban dramatismo a la futura decadencia de la casa.

En la edición definitiva, Macondo es un pueblo aislado de la civilización, cuyo emplazamiento exacto se desconoce. Por el contrario, en el capítulo de *El Espectador*, Macondo se localiza con facilidad, pues limitaba “al occidente con los médanos del río de La Magdalena” de Colombia. García Márquez suprimió este y otros detalles sobre la ubicación concreta de la población para crear en el lector la impresión de que podía ser un pueblo típico de cualquier país latinoamericano.

El llanto de Aureliano

Otro cambio sorprendente tiene que ver con el nacimiento del coronel Aureliano Buendía. En la edición final, el coronel “había llorado en el vientre de su madre y nació con los ojos abiertos”, mientras que en el capítulo de *El Espectador*, el héroe recibía un trato poco heroico y hasta prosaico: la comadrona le daba “tres nalgadas enérgicas” para hacerle llorar.

El siguiente capítulo que García Márquez probó con los lectores salió en la revista *Mundo nuevo* en agosto de 1966. Publicada en París, esa revista se convirtió en el principal escaparate de la literatura del *boom* latinoamericano. Sus 6.000 ejemplares mensuales se vendían en 22 países, incluidos Estados Unidos, Holanda, España, Portugal y casi toda América Latina. En este capítulo localicé hasta 51 diferencias con respecto a la edición final. Por ejemplo, José Arcadio, cuya madre Úrsula temía que naciese con una cola de cerdo, vino al mundo como “un hijo saludable”, mientras que en la edición final, el autor aumentó el dramatismo al escribir: “Dio a luz un hijo con todas sus partes humanas”.

La alquimia, tan importante en los capítulos iniciales, se mencionaba en el del *Mundo nuevo* con el término experto “la Opera Magna”. El escritor simplificó la lectura y optó solo por alquimia.

Tras la publicación del segundo capítulo, pasaron cinco meses hasta la salida del siguiente. García Márquez debió emplear ese tiempo para revisar la novela, porque el nuevo capítulo era el más arriesgado: el ascenso al cielo de Remedios la bella. El escritor eligió para su divulgación *Amaru*, una revista peruana dedicada a la literatura de vanguardia internacional. Sus lectores eran exigentes escritores y críticos literarios. García Márquez no solo comprobó la solidez literaria de ese capítulo con ellos, sino que también se lo leyó en voz alta a su círculo de amistades en su casa de la Ciudad de México. “Convoqué aquí a la gente más exigente, experta y franca”, escribió en una carta dirigida a su amigo Mendoza en el verano de 1966. “El resultado fue formidable, sobre todo porque el capítulo leído era el más peligroso: la subida al cielo, en cuerpo y alma, de Remedios Buendía”.

En la revista literaria colombiana *Eco* apareció otro capítulo “peligroso”: la muerte de Úrsula tras vivir entre 115 y 122 años. Entre los cambios más reseñables destaca la eliminación de una frase, ausente en la edición de 1967, de Fernanda del Carpio tras la marcha de Amaranta Úrsula a Europa: “Dios mío —murmuraba Fernanda—, se me olvidó decirle que mirara a todos los lados antes de atravesar la calle”.

En marzo de 1967, salió en la revista *Mundo nuevo* el capítulo de la peste del insomnio que azotó a Macondo. Como García Márquez explicó en varias entrevistas, su intención era que el lenguaje de *Cien años de soledad* fuese más anticuado en la primera parte (por ejemplo, usó el arcaico “instrumentos músicos” en vez del moderno “instrumentos musicales” o “grande alboroto” en vez de “gran alboroto”). Y luego, afirmaba el escritor, el lenguaje se iría modernizando hacia el final de la novela.

Último cartucho

García Márquez disparó su último cartucho en abril de 1967, cuando la revista mexicana *Diálogos* imprimió el capítulo de la lluvia que cayó sobre Macondo durante cuatro años. Entre los cambios importantes figura uno que revela cómo el autor no solo suprimía frases o cambiaba palabras, sino también su técnica para añadir nuevos contenidos. Cuando Fernanda del Carpio termina de abroncar a su marido Aureliano Segundo después de un monólogo que ocupa varias páginas, en la versión de *Diálogos* ella concluye que su marido estaba “acostumbrado a vivir de las mujeres”. Pero en la edición de 1967, Fernanda culmina su bronca monumental con una frase pletórica, cargada de fuerza mitológica y religiosa. Afirmó que su marido estaba “acostumbrado a vivir de las mujeres, y convencido de que se había casado con la esposa de Jonás, que se quedó tan tranquila con el cuento de la ballena”.

Por último, la semana previa al lanzamiento de la novela, el magacín argentino *Primera Plana* publicó un fragmento del capítulo sobre las 32 guerras del coronel Aureliano Buendía. *Primera Plana* estaba diseñada para el gran público, y sus 60.000 ejemplares semanales circulaban dentro y fuera de Argentina. Aunque ya no tenía tiempo de añadir cambios, García Márquez envió un capítulo que debía cautivar al público de un continente que seguía marcado por las guerrillas insurgentes contra el poder, como la guerrilla del propio coronel Aureliano Buendía.

Como revela la correspondencia de García Márquez, al publicar los capítulos más novedosos y “peligrosos”, el escritor tomó buena nota de las sugerencias hechas por sus amistades y lectores. La historia detrás de estos capítulos olvidados de *Cien años de soledad* descubre el arduo trabajo de edición que García Márquez desplegó, en especial para aplacar esa “desmoralizante impresión” que tuvo al leer lo que llevaba escrito de una novela que a partir del 30 de mayo de 1967 había de cambiar el rumbo de la literatura.

Una estrategia similar a la Dickens o Pérez Galdós

Gabriel García Márquez puso toda la carne en el asador al difundir los siete capítulos. Salvo el final de la novela (por razones obvias), decidió publicar los que para él eran los más innovadores y arriesgados, como los que narran el comienzo de la historia, el ascenso al cielo de Remedios la bella, la peste del insomnio y la lluvia en Macondo que duró cuatro años, entre otros. El objetivo del autor estaba sondear la reacción de los lectores y así realizar cambios si fueran necesarios.

Esta estrategia literaria era parecida a la usada por escritores como Charles Dickens y Benito Pérez Galdós, que publicaron varias novelas por entregas y modificaban el argumento dependiendo de la reacción de sus lectores. En la correspondencia de García Márquez queda constancia de ello. “Me ha dado mucha alegría lo que me dices del capítulo de *Cien años de soledad*. Por eso lo publiqué”, le respondió a su amigo Plinio Apuleyo Mendoza, quien leyó el primer capítulo en *El Espectador* de Bogotá

**Álvaro Santana-Acuña es investigador y profesor asistente de Whitman College*

Un libro sobre encuentros personales y deshielos por Roberto Méndez Martínez (IPS)

Irónicamente, el mismo día de la presentación del texto del cardenal Jaime Ortega coincidió con la del discurso del presidente estadounidense Donald Trump, en el teatro Manuel Artime de Miami.

A pesar de que la tarde del viernes 16 de junio fue tan lluviosa como las precedentes, un público amplio y heterogéneo abarrotó el Aula Magna del Centro Cultural *Padre Félix Varela*, ubicado en el antiguo edificio que albergara hasta hace unos años el Seminario de San Carlos y San Ambrosio. Los congregaba la presentación del libro *Encuentro, diálogo y acuerdo* del Cardenal Jaime Ortega Alamino, publicado por Ediciones San Pablo, casi simultáneamente en México y España.

Los que al final del encuentro formaron una extensa fila para que el autor firmara su volumen coincidían en la importancia histórica de ese texto, un testimonio personal del prelado sobre la misión que le confiara el papa Francisco para acercar a los jefes de estado de Cuba y Estados Unidos: Raúl Castro y Barack Obama y favorecer el restablecimiento de relaciones diplomáticas entre ambas naciones, lo que podría comenzar a liquidar un diferendo que cuenta ya con más de medio siglo de existencia.

El breve volumen no es uno de esos textos al uso que se hace notorio por el número de chismes y revelaciones indiscretas sobre personalidades políticas; tampoco es una historia de las relaciones entre los dos países implicados y, mucho menos, un juicio político de las posturas de ambos. Todas estas posibilidades cedieron su lugar a un testimonio sucinto de la labor de Ortega, emisario particular del pontífice, que se saltó los canales diplomáticos del Vaticano y las estructuras gubernamentales de la Isla y del vecino del Norte, para entregar “en mano propia” a ambos presidentes las cartas que le confiara Francisco, con su petición personal para hacer avanzar los tímidos intentos de diálogo puestos en marcha hacia esas fechas.

El 17 de diciembre de 2014, cuando los cubanos y todos el resto del mundo compartían el estupor y la casi unánime alegría por los discursos televisivos de ambos mandatarios que parecían poner fin a los restos de la Guerra Fría e inauguraban un proceso de distensión bastante inesperado, no parecieron extrañas las menciones de ambos a la intervención del Sumo Pontífice, aunque se suponía que esta había tenido lugar a través de las vías tradicionales que emplea la Santa Sede en sus mediaciones, es decir, conducidas por la Secretaría de Estado y utilizando como canal privilegiado la red de nunciaturas apostólicas afirmada en diversos puntos del orbe.

Mucho después fue que pudo saberse de la participación de un emisario especial en estas labores, quien respetó el necesario secreto de su misión no solo mientras la desempeñaba sino mucho después de que

esta diera sus primeros frutos, hasta encontrar el momento adecuado para hacer público su trabajo.

El texto, de lenguaje directo y testimonial, cruzado por frecuentes altos en el camino para reflexionar sobre los hechos, permite conocer mejor el talante del jesuita Jorge Bergoglio devenido Papa, gran devoto de San Francisco de Asís, lo que explica el nombre elegido tras su elección pontificia. Como aquél, tiene la firme voluntad de contribuir a la paz mundial, pero en vez de hacerlo en forma de documentos o proclamas públicas o empleando las facilidades de las estructuras vaticanas, apuesta por el encuentro entre personas, la calidez del diálogo y el compromiso humano más allá de diferencias ideológicas.

El hecho de que el cardenal cubano conociera desde hacía años a su homólogo argentino y tuviera sintonía con sus preocupaciones sobre la Iglesia y la sociedad en América Latina, favoreció su designación para esta labor en vez de confiarla a alguno de los brillantes negociadores salidos de la Academia Diplomática Vaticana.

Por otra parte, tras este encargo había también el reconocimiento a la mediación que Ortega desarrollara en Cuba ante las máximas autoridades de gobierno a partir de febrero de 2010, a propósito de las huelgas de hambre de los opositores Orlando Zapata y Guillermo Fariñas, de las que resultó el fallecimiento del primero, así como el extremo hostigamiento sufrido por las Damas de Blanco en el siguiente mes de marzo, durante las marchas que organizaron en diversos puntos de La Habana, en protesta por el encarcelamiento de sus familiares desde marzo de 2003. Aunque el 25 de febrero había aparecido una nota del Comité Permanente de la Conferencia de Obispos en que se reclamaba crear condiciones para el diálogo y entendimiento para evitar “situaciones tan dolorosas”, el Cardenal decidió el 26 de abril enviar una carta directamente al presidente Raúl Castro en la que lamentaba el trato dado a las Damas de Blanco y solicitaba el fin de los actos de repudio.

De manera más o menos sorprendente la carta abrió una vía para el entendimiento. No solo se suspendieron las duras respuestas a las manifestantes sino que comenzó un diálogo que permitió la excarcelación de los prisioneros de la primavera de 2003, así como otros más que solicitaron la revisión de sus casos. El apoyo del canciller español Miguel Angel Moratinos permitió que fueran acogidos en su país los liberados y sus familiares si así lo deseaban. Además, los encuentros personales entre Raúl, Ortega y otros prelados cubanos, generaron una distensión entre ambas partes, un clima que favoreció tratar otros temas y dejó abierto el espacio para nuevos contactos. Solo ello explica que el entonces Arzobispo de La Habana no hallara obstáculos para entregar la misiva del Papa al presidente cubano, aunque este estuviera de vacaciones.

Tanto la mediación al interior de Cuba, como la que implicaba a Estados Unidos, han granjeado a Ortega la estimación de personas muy diversas

en el mundo. Sin embargo, también han tenido su reverso amargo: opositores al gobierno cubano, incluidas las propias Damas de Blanco, le acusaron de no cederles espacio en el diálogo con las autoridades insulares; otros torcieron la noticia de las excarcelaciones para reprocharle que apoyaba junto a Raúl un destierro masivo de disidentes; sin olvidar que sectores fuertemente radicales de los emigrados cubanos en Estados Unidos han pintado su labor como una complicidad con las autoridades comunistas y le han reprochado —muchas veces con harta grosería— que no se pronuncie por un cambio de régimen en el país. Al contrario, muchos feligreses católicos así como ciudadanos de a pie, han agradecido estas gestiones porque han ayudado a producir una apreciable distensión entre las partes que ha favorecido además el desarrollo de proyectos caritativos, de promoción humana, educativos y culturales de la Iglesia católica en beneficio de la población cubana.

Es preciso recordar que Cuba y la Santa Sede han mantenido inalterables sus relaciones diplomáticas desde su establecimiento en 1935 y que la Isla ha sido visitada por tres papas: Juan Pablo II (1998), Benedicto XVI (2012) y Francisco (2015). Sin embargo las relaciones entre Iglesia y estado han pasado por diversos avatares, que incluyeron apreciables tensiones entre 1960 y 1968 a tenor del acercamiento a los países del bloque socialista y la adopción oficial de materialismo y el ateísmo científico. Tales situaciones se limaron gradualmente, especialmente a partir de 1985 cuando aparece el libro *Fidel y la religión*, aunque la década siguiente registró otros motivos de desacuerdo, como la publicación de la carta pastoral de la Conferencia de Obispos *El amor todo lo espera* en 1993.

Parecería irónico el hecho de que la fecha de la presentación del libro del Cardenal coincidiera con la del discurso del presidente norteamericano Donald Trump en el teatro Manuel Artime de Miami, donde procuró complacer a su auditorio con un lenguaje propio de los tiempos de la Guerra Fría y señaló su voluntad de revertir algunas de las medidas de distensión tomadas por su antecesor en la Casa Blanca para recrudecer el embargo a la Isla. Como señaló el autor de *Encuentro, diálogo y acuerdo* esa tarde, su misión había logrado un acercamiento del que daba testimonio la reanudación de las relaciones diplomáticas y eso no sería revertido, sencillamente era preciso tener fe, buena voluntad y hacer lo posible porque el deshielo entre ambos países prosiguiera más allá del cambio de interlocutores.

Muchos de los que adquirieron el libro estarán de acuerdo en que esta obra es un documento para la historia, un texto que deben conservar y estudiar las instituciones sociales de Cuba y el resto del mundo. Yo me atrevería a ir más allá y asegurar que es un escrito muy valioso para la espiritualidad de nuestro tiempo. Sería preciso preguntarse al cerrarlo: ¿Qué tengo yo que hacer, cristiano o no, por la paz, la reconciliación, la misericordia social? ¿Cómo puedo completar la misión aquí enunciada? Las respuestas serían diversas pero útiles

Un Haití diferente visto por una periodista cubana por Marilyn Bobes (IPS)

El libro Haití, Despertar de la muerte se aleja de las visiones superficiales que, en ocasiones, nos muestra la prensa sobre esa isla caribeña.

La periodista Amelia Duarte de La Rosa llegó a Haití en 2012, unos dos años después que un terrorífico terremoto azotara a una pequeña nación que ella llegó a conocer quizás como nadie en la Cuba de hoy.

Y no exagero si afirmo que su libro: Haití. Despertar de la muerte, publicado por la Editora Política es el más completo y el que mejor nos ilustra sobre una nación que ha sido tratada de manera superficial en la prensa cubana tal vez porque le faltaba esa relación de amor que Duarte establece con el objeto de sus crónicas y reportajes.

En él, quiero decir, está el alma de un pequeño país que fue el primero en independizarse del yugo colonial y fue después olvidado en esa gran hazaña, develada en la ficción por Alejo Carpentier y ahora actualizada por esta joven en la que periodismo y literatura confluyen para resumir el presente, el futuro y el pasado de uno de los países más empobrecidos del mundo.

Quienes siguieron sus trabajos en Granma, donde fueron episódicamente publicados, encontrarán en este volumen la unidad necesaria para ese viaje a las profundidades que solo reunidos pueden mostrarnos a ese Haití querido que la autora nos descifra con increíble agudeza, abarcando la historia, la cultura, los aportes de una ayuda cubana y el falso auxilio de otras organizaciones internacionales.

A la vez, se desplaza por la geografía, escudriñando con ojo perspicaz todo lo que puede contener de riqueza tangible e intangible e involucrándose con los habitantes y el entorno en una amalgama más digna de una novela que de lo periodístico, pero decididamente atento a las pulsiones de ese Haití querido más allá de la objetividad de sus informaciones.

Hubo y es evidente un estudio histórico precedente que se convirtió en instrumento de entender el presente desde el pasado y, sobre todo, esa empatía que delata a una escritora en ciernes con la suficiente sensibilidad para compenetrarse con el espíritu de los ancestros y los sucesores, donde parafraseando al escritor Enrique Vila-Matas la autora encuentra un lugar que no se acaba nunca y que descubre para el lector con estilo preciso y refinado.

Los que dudan que el periodismo cuando se ejerce como lo ha hecho Amelia Duarte en este volumen puede ser una manifestación literaria, Haití. Despertar de la muerte constituirá una agradable sorpresa. La autora recurre a todo su arsenal de excelentes lecturas para apropiarse de ellas de maneras tan acertadas como inesperadas.

Es una buena idea la de haber dividido su libro en tres secciones lo que le otorga una dramaturgia también de carácter literario con toda la emotividad de los poemas en prosa porque este libro nos ayuda a mirar a esa pequeña isla del Caribe como no la veíamos antes que Duarte decidiera construir su verdadero rostro algo difuminado en las frías noticias de sus sinsabores.

Haití no es solo sufrimiento, parece decirnos y se sumerge entonces en una búsqueda que no ignora las dificultades, pero tampoco esa belleza del físico mundo de la que hablaba José María Heredia refiriéndose a Cuba.

Como dice en su prólogo Marta Rojas, Amelia Duarte de la Rosa ha conseguido con el mejor pulso periodístico y precisión entregar a los lectores la imagen de un pueblo y una nación y yo añadiría que también de su alma por lo que si este libro es un retrato lo sería también el de esa maravilla que está en la realidad y a la que no han podido acceder aquellos, que a diferencia de esta autora, no poseen ese alto grado de sensibilidad que late en estas páginas memorables.

Duarte se involucra con la presencia de su yo solo para acercarnos de una manera raigal al objeto de su trabajo. Quizás ciertas vivencias personales que vivió en esa isla sean uno de los motivos por los cuales su escritura se nos vuelve entrañable.

Una excelente cronista y una excelente reportera han descifrado para sus lectores lo que Nicolás Guillén exigía y lo que Carpentier fabuló de una manera muy diferente, pero igualmente válida, si asumimos este libro como lo que es: un verdadero compendio de objetividad dentro de la emoción.

Recomiendo, pues, la lectura de estas hermosas páginas. Si se quiere comprender en verdad a una de las tierras más cercanas a Cuba no solo geográfica, sino también en nuestro sincretismo, es obligada la lectura de este despertar. Un despertar que tiene su origen en lo que debe ser un periodista: observador implacable y participante activo de lo que debe transmitir a los demás.

¿Qué es un libro en el mundo digital? por Roger Chartier*
(*Boletín del Observatorio Cubano del Libro y la Lectura*)

El historiador de libros y director de la Escuela de Estudios Superiores de Ciencias Sociales, de Francia, se suma a la iniciativa de *WMagazín* de crear el 'Diccionario ¿Qué es un libro en el siglo XXI?'

Los historiadores siempre han sido profetas pobres y sus predicciones a menudo han demostrado ser erróneas. Así que no tengo ni la seguridad ni la imaginación sobre el futuro del libro. Esto requeriría de varios requisitos previos. En primer lugar, responder a la pregunta: ¿es un libro electrónico un libro? Tal vez, pero sólo cuando se niega, paradójicamente, oportunidades digitales y se respeta el texto literario y su estabilidad. En este sentido, como se ve en los contratos de edición y ediciones electrónicas, el libro electrónico bien puede ser también un libro a la manera impresa. La distancia surge cuando el "libro" Digital se convierte en un objeto multimedia, en un texto en movimiento, en una obra sin propietario del *copyright* y, por lo tanto, no es un libro... En segundo lugar: comprender el contraste, por un lado, entre el liderazgo en el mercado de la edición de libros impresos (incluso en Estados Unidos, donde la proporción de libros digitales se ha estabilizado en poco más de 20%) y, por otro lado, la profunda crisis de las principales instituciones de la cultura impresa: librerías que desaparecen, la competencia de Amazon; bibliotecas que mueren (a veces); periódicos de papel algunos (especialmente en Estados Unidos) de los cuales ya solo se publican en digital. Para mí, la cuestión esencial es aquella que plantea la idea de que existe una equivalencia entre lo digital y lo impreso. Amazon o librería, siempre se trata de la compra de un libro. En la biblioteca o en frente de la pantalla, el texto ofrece la misma lectura. Y es el mismo periódico publicado en una forma u otra. Es en contra de estas ideas espontáneas y generalizadas, en mi opinión, donde están las diferencias sobre los métodos de apropiación y comprensión del lenguaje, involucrados en diferentes formas de registro, transmisión y uso de la escritura (e imágenes). Cada una de estas modalidades tiene su lógica, sus operaciones, su razón de ser. El libro tal como lo conocemos va a sobrevivir y, sin prestar, necesariamente, formas y fórmulas al mundo digital. Pero la partida no está ganada. Mientras celebramos el nombre de un gran inventor, Gutenberg de Maguncia, hay que reconocer que los cambios más profundos de la cultura escrita han sido siempre colectivos y anónimos. La aparición del códice, la revolucionó de la lectura, las prácticas digitales estaban y están en este orden, las transformaciones son lentas o rápidas, universales o desiguales. Se pueden pedir discursos, convencer o preocuparse. Tienen la fuerza y la razón. Pero, en última instancia, son las prácticas de libertad de expresión las que modifican o inventan la realidad.

**Roger Chartier es historiador del libro y director de la Escuela de Estudios Superiores de Ciencias Sociales (EHESS), de París. Es autor de títulos como Historia de la lectura en el mundo occidental (Taurus), El mundo como representación (Gedisa), Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna*

(Alianza), Cardenio entre Cervantes y Shakespeare (Gedisa) y La obra, el taller y el escenario (Centro para la Edición de los Clásicos /Confluencias).

El libro digital cubano: una batalla contra la tradición por Marilyn Bobes (IPS)

La falta de una infraestructura tecnológica y los prejuicios analógicos parecen ser las causas del poco desarrollo del e-book en la Isla.

El periodista y narrador cubano Rafael Grillo se define como “un trabajador por cuenta propia del mundo digital”.

En 2001 fundó el proyecto literario Islida por la razón fundamental de que “la literatura cubana estaba fuera del pastel editorial internacional que era la no difusión adecuada por las nuevas vías digitales de sus autores y sus libros”.

Para que tengas idea con un ejemplo simple, me dice, si en Cuba las editoriales producen libros casi exclusivamente para el mercado intrafronteras, solo para nuestras librerías, ¿cómo el lector universal va a poder leer directamente lo que escriben los cubanos? ¿Cómo a estas alturas puede alguien creer que hoy puede bastar la reseña o el comentario crítico o el cuentecito o poema aislado que publican nuestras revistas culturales, por demás muy buenas en papel pero bastante malas en su versión digital?

Sin embargo, según Enrique Pérez Díaz, asesor del presidente del Instituto Cubano del Libro (ICL), desde 2012 que se inició el proyecto digital en algunas de las editoriales de esa institución “ya se ha ido alcanzando una producción más estable y consolidada en sellos como Nuevo Milenio, Arte y Literatura o Gente Nueva y se ha ido estabilizando un catálogo en ese formato a partir de sus fondos editoriales tradicionales”.

Otra modalidad de comercialización, añade, aparte de la vía on-line ha sido que en las ferias internacionales se ofrecen discos recopilatorios que cuentan con selecciones de texto y tienen que ver entre sí como libros sobre deportes, cocina, policíacos, historia, fantasías infantiles o discos dedicados a determinados autores como Leonardo Padura o Daniel Chavarría.

Pero lo cierto es que se habla poco en la Isla sobre este tipo de soporte y que no es frecuente encontrar lectores de libros digitales cubanos tal vez porque, como afirma Pérez Díaz, muchos no tienen en el país acceso a adquirir PC, tablets, readers o celulares con posibilidades de cargar e-books.

Sin embargo admite que una de las razones que impide que haya más producción de libros digitales en Cuba “podría ser la falta de tradición en el trabajo con estos soportes pues a veces la tradición de lo impreso pesa demasiado sobre lo nuevo y las editoriales deben asumir esto como una producción alternativa”.

Rafael Grillo es más cáustico en sus respuestas. “Si las editoriales cubanas, expresa, le estuvieran dando a esto la importancia que requiere, si trabajaran en esa línea con ahínco y hubieran desarrollado un catálogo amplio y lo distribuyeran con acierto no me estarían invitando siempre a mí para hablar en todos lados: la televisión, la radio, los paneles, los encuentros con editores norteamericanos en la Feria, ¿no te parece?”.

Además de Isliada existe otro proyecto independiente en la oriental provincia de Santiago de Cuba, Claustrofobias. Fue fundado por el escritor y promotor cultural Yunier Riquenes.

Precisamente en la recién finalizada edición de la Feria Internacional del Libro en La Habana se anunció por parte de Claustrofobias la elaboración de una multimedia con doscientos títulos que próximamente comenzará a recorrer las escuelas del país.

También la Biblioteca Nacional de Cuba José Martí, posee una valiosa colección digital surgida en el año 2000 que tiene el propósito de reunir la obra escrita de autores cubanos entre los siglos XVII y XIX.

Coincido con Rafael Grillo en afirmar que no es secreto que en todo lo digital, no solo en el libro, Cuba ha llevado retraso respecto a otras partes del mundo. No todas las partes, siempre las hay peores.

Pero en cuanto al libro en sí, opina el fundador de Isliada, no solo están las dificultades económicas, la no oferta de dispositivos y softwares para los libros digitales sino que falta una alfabetización de la población en este tema que es hoy tan o más urgente y necesaria que aprender a leer, escribir y saber la historia de Cuba.

A esto se sumaría la cierta resistencia de las instituciones encargadas de promover la lectura y editar libros para aceptar la existencia (o coexistencia) con el libro digital, según Grillo totalmente absurda “porque como no me canso de decir en todas partes hoy todos los libros son digitales, porque nacen así”.

Por su parte, Enrique Pérez Díaz opina que en un país bloqueado en tantos renglones, a veces incluso hasta por la propia inercia que produce el haber asumido durante tanto tiempo la realidad de ese mismo bloqueo que hace tan costosa la producción, comercialización y visibilización del libro impreso, el desarrollo del libro digital más que alternativa puede significar una vía inmejorable de comunicar no solo contenidos literarios sino incluso educativos, académicos.

Hay mucho camino por andar todavía, concluye Pérez Díaz, pero el hecho de que, al menos, estemos al tanto de lo que nos falta puede ser un acicate para que nos tracemos metas más ambiciosas para el futuro, decididos a no volvernos atrás en este todavía largo y apasionante camino.

Las Ferias del Libro en La Habana por José Antonio Michelena (IPS)

A 80 años de la primera en la capital cubana.

Entre el 20 y el 27 de mayo de 1937, en Prado y Malecón, se celebró la Primera Feria del Libro en La Habana, un suceso cultural que vale la pena repasar en su 80 aniversario.

En realidad la gran prensa le prestó poca atención a la Feria de 1937. La primera noticia reflejada por un diario apareció el día 21 en la página 9 de *El Mundo*. En un recuadro se daba la siguiente información: “Feria Municipal del Libro, mayo 20 al 27. Gran exposición y venta de libros en los antiguos terrenos de la cárcel de La Habana. En nuestros Pabellones estará expuesto un extenso y variado surtido de libros nacionales y extranjeros.”

En el resto de la semana continuó el silencio de las principales publicaciones periódicas acerca de la feria. La revista *Bohemia* la ignoró totalmente y *Carteles* apenas incluyó dos fotos en la edición del 30 de mayo. En una de ellas se veía su stand “en la Feria del Libro inaugurada recientemente por iniciativa del alcalde de La Habana” (sic).

La otra vista, en *Carteles*, recoge un instante de la inauguración: aparece el alcalde de la ciudad acompañado por el filólogo español, Ramón Menéndez Pidal, así como algunos de los más renombrados intelectuales cubanos, entre los cuales se cuenta a José María Chacón y Calvo, Alfonso Hernández Catá, Emilio Roig de Leuschenring y José Elías Entralgo.

A pesar de la escasa difusión, de la improvisación —los librerías fueron avisados por el Ayuntamiento 3 días antes de la apertura—, del horario nocturno y de otros inconvenientes, el saldo de la feria fue positivo. En las siete jornadas se efectuaron presentaciones de libros y conciertos que propiciaron un adecuado ambiente cultural.

Ocho décadas después

En los últimos cuarenta años, disímiles versiones de la feria del libro habanera transitaban por diversos lugares de la ciudad: la calle Obispo, el Parque Central, El Pabellón Cuba, Pabexpo..., hasta que desde el año 2000 se asentó —y creció— en la fortaleza de La Cabaña.

En ediciones recientes, la feria ha querido expandir algunas de sus acciones a los municipios y las comunidades. Lo que sigue es la crónica de la Feria Municipal del Libro y la Literatura en Arroyo Naranjo.

Este municipio habanero tiene un encanto y una historia que pocas localidades capitalinas. Sitio de tránsito, desde el siglo XVIII, en la

expansión hacia el sur de La Habana, andando el tiempo cobijó a uno de nuestros poetas mayores, Eliseo Diego, quien residió en sus predios y le cantó a sus dones. Más acá, el más universal de los escritores cubanos vivos, está enraizado como una ceiba en uno de sus barrios, Mantilla, y lo ha puesto en el mapamundi de los medios y de la literatura.

En sus dominios igualmente habitó, durante muchos años y hasta su muerte, el más popular de los cantores de la décima improvisada en Cuba, Justo Vega. Precisamente en homenaje a *El Caballero de la décima*, la Casa de la Cultura municipal lleva su nombre.

Con la Casa de la Cultura Justo Vega como sede, y las enclavadas en el reparto Eléctrico y en Los Pinos —además de la Biblioteca municipal— como subsedes, la de Arroyo Naranjo fue una feria muy especial, en la cual, desde la marca comunitaria, se proyectó lo esencial de la cultura.

Las acciones desarrolladas allí llegaron a todos los grupos etarios. Entre sus actores estuvieron instructores de arte, especialistas en literatura, escritores, editores, librerías, artistas, bibliotecarias, académicos, y trabajadores y trabajadoras de las instituciones en la comunidad.

Pero lo más importante fueron los niños y las niñas. Para ellos cantó y actuó el escritor y juglar Reinaldo Álvarez Lemus, quien les llevó su libro *La blusa de María*, y les repartió sus versos para que jugaran, aprendieran y soñaran con sus textos lúdicos.

Para los pequeños fue también el concurso “Los niños leen y escriben para los niños”, original certamen donde todos ganaron y se destacó la creatividad y el interés por la lectura.

El centenario de *Platero y yo*, ese libro glorioso de Juan Ramón Jiménez, fue celebrado como merece, invitando a su lectura en la nueva edición cubana, publicada por Cubaliteraria y presentada en la biblioteca Manuel Cofiño.

Con dos creadoras de la comunidad, Gladys Ruiz y Gladys Lamelas, festejaron los poetas repentistas en el convite final, en el cierre de la feria, antecedido por una jornada singular: la proyección y debate del largometraje *Vientos de La Habana*, primera entrega de la saga cinematográfica *Cuatro estaciones en La Habana*, basada en la tetralogía novelística *Las cuatro estaciones*, de Leonardo Padura.

El Premio Princesa de Asturias y Premio Nacional de Literatura 2012, coguionista de las películas, estuvo presente durante el debate que tuvo como público fundamental a estudiantes del instituto preuniversitario Carlos Pérez, aledaño a la Casa de la Cultura Justo Vega. Lo acompañaron, en la conversación con los jóvenes, la doctora Marisela Pereira, profesora de la Facultad de Psicología de la Universidad de La Habana, la licenciada Ada Vélez, y la máster Ana María de Rojas, todas egresadas del pre de La Víbora.

En su intervención, Padura explicó que, por necesidades de la producción cinematográfica, se había corrido una década el tiempo en que transcurren las acciones de los filmes. Y que, en ese trasplante, de la letra a la imagen, tampoco era posible reproducir tal cual los espacios de las novelas.

Recordando su etapa estudiantil en el pre de La Víbora, centro de la trama en la novela versionada, el escritor hizo una anécdota que refleja la vocación humanista y forjadora del bibliotecario del plantel durante aquellos años en que él estaba descubriendo el placer de la literatura, cuando sus héroes predilectos actuaban en un terreno de béisbol y no en los libros.

La evocación del bibliotecario, quien le mostró otros héroes, que lo impulsó hacia Aquiles, Odiseo y Eneas, tal vez fuera una estrategia pedagógica del escritor con estos jóvenes que están ahora buscando sus propios caminos, como lo estuviera él hace unos cuarenta años atrás. Quizás alguno de ellos, en la adultez, recuerde esa tarde inefable en que escuchó a Padura en la Casa de la Cultura. Y tal vez lo cuente a sus hijos, o a otros jóvenes, como algo muy importante que le sucedió, aunque él entonces no lo podía saber.

Tampoco mucha gente sabe que en las Casas de Cultura, en las comunidades, pueden suceder estas cosas. Aunque claro, no hay muchos escritores, o artistas, como Padura, que con la mayor naturalidad, sin que los medios se enteren, asisten allí como quien visita a un amigo de toda la vida.

Pero tampoco hay muchas personas como Ana María de Rojas Berestein, especialista del proyecto del Libro y la Literatura, que ha dedicado más de treinta años a trabajar para la cultura en la comunidad donde nació. Ella fue el motor y el alma de esa feria en Arroyo Naranjo, donde pasaron tantas cosas que los periódicos no dijeron, como sucedió hace 80 años.

¿Por qué nada puede eclipsar mi terca necesidad de estar aquí? Mi libro por Eduardo del Llano

La pérdida de la inocencia al acceder al universo literario cubano es dura y traumática.

En la adolescencia, cuando empezaba a escribir, soñaba con tener un libro publicado, y habría hecho lo que fuera por él. Un libro con tu nombre, con las historias que atrapaste a tiempo, un libro tuyo en librerías, en ferias, en las estanterías de mucha gente. Un libro del que tal vez alguien subraye una frase o la cite luego. ¿Puede haber algo mejor que eso? Como se ha dicho, para haber pasado dignamente por la vida, uno debe haber tenido un hijo, sembrado un árbol y escrito un libro. O más bien publicado un libro. El texto funciona como metáfora de la experiencia acumulada, pero si permanece inédito solo podrá leerlo el autor, que es quien acumuló la experiencia, así que no necesita que se la cuenten, ¿verdad?

Si no te quedaste empantanado en talleres literarios, en algún momento tendrás que lanzarte a concursos o a presentar tu manuscrito directamente a una Editorial. Los concursos son capítulo aparte, siempre te queda la sensación de que los premios son injustos, de que hubo favoritismo, de que gana la concepción más metatransciosa de la Literatura. El autor está a merced de los vaivenes de la política editorial... y de la política en general.

Todos los años, cabizbajos directores y jefes de redacción te dicen que el presupuesto ha sido recortado, que hay algunas obras priorizadas, que ya veremos para el año que viene. Recuerdo un momento concreto en 1993; apenas cumplidos los 30, yo era profesor en Artes y Letras y escritor ambicioso, y cierto funcionario insigne vino a la Facultad a explicarnos las consecuencias inmediatas de la crisis en el área poligráfica. Nos habló de muy pocos libros reales, todos de corte educativo o político, y de plaquettes (librillos con una veintena de páginas) para ir resolviendo lo demás. Entonces, el Lezama de esta generación que esté ahora mismo escribiendo su *Paradiso* está muy jodido, dije en voz alta. Sí, repitió el funcionario, muy jodido.

Si tienes al fin la suerte de ver el libro, pueden pasar muchos meses antes de que te lo paguen, pues en la editorial no han recibido el dinero, a veces ni siquiera para sus propios salarios. Y con las casas extranjeras el tema no es mucho mejor: por lo general, te tratan como si te hicieran un favor –lo que no es justo pues, por muy mal que te vayan las cosas, al cabo el creador eres tú– y tienes que releer varias veces tu contrato, porque hay trampas casi en cada línea. Y como acá no es exactamente fácil entrar a Internet o contar con cosas como PayPal, dependes de ellos para enterarte de cuánto beneficio ha reportado tu libro. Y aunque eventualmente lo muevan por diversas Ferias internacionales, no necesariamente te mueven a ti. En lo personal me ha ido razonablemente bien, pero tengo amigos con uno, dos, tres libros publicados, obras

sólidas y bien escritas que no han sido jamás reseñadas, que no son invitados siquiera a las Ferias provinciales.

En general, las editoriales no escapan a ese desánimo generalizado, cuya consecuencia más obvia es que buena parte de la gente ya no le pone interés ni pasión a su trabajo, ya no cree en él. Funcionarios hay que te confiesan que la obra de ciertos autores se pudre en almacenes pues no la compra nadie, pero hay que publicarlos porque son figuras importantes. Otros se encogen de hombros cuando te quejas de la mala calidad en la impresión de un libro, y te dicen “alégrate, escapaste, el de Fulano salió peor, los colores no tienen nada que ver y la tinta se corrió”. O cuando descubres que el 15 por ciento de la tirada de tu libro salió con pliegos fuera de sitio: ya saben, vas leyendo y de pronto de la página 46 salta a la 88. Ese quince por ciento no lo imprimirán de nuevo, qué va. De hecho, así mismo irá a las librerías.

Es difícil ese momento en que al fin publicaste el libro... y no pasa nada. Es decir, supones que a la gente le gusta porque algunos socios te lo elogian, pero fuera de ahí no tienes retroalimentación en absoluto. Apenas si existe la crítica literaria; es decir, hay teóricos que a su vez escriben libros que verán la luz unos años después, pero perfectamente ocurre que sale tu libro y durante todo el año no encuentras un solo comentario en la prensa. Ni siquiera un comentario negativo.

Lo cierto es que, salvo dos o tres nombres que han descollado por su talento –en el mejor de los casos– o a fuerza de puro oportunismo –en el peor– el escritor ha perdido buena parte de su relevancia pública. Antes la gente decía: “en esa cuadra vive un escritor, al tipo le publicaron un libro”. Ahora se dice: “en esa cuadra vive un reguetonero famoso; sí, chico, entre el restaurante caro y la casa del loco ese que escribe”.

Y luego, mucha gente te dice: “qué va, bróder, no está en mí, tu libro es muy largo, yo no tengo tiempo. Si es bueno, ya alguien hará la película...”.

De eufemismos* y otros asuntos del lenguaje por Juan Nicolás Padrón (Portal Cubarte)

Hace algunos años, en la Feria del Libro de Buenos Aires, cuando Raúl Alfonsín recién asumía la presidencia del país y se inauguraba un período que dejaba atrás a las dictaduras militares, un amigo se me acercó y pidió una aclaración: ¿por qué “dictadura del proletariado” y no “democracia socialista”?

Me remití a la historia de la primera expresión, aplicada por Lenin de manera transitoria para oponerse al Estado burgués ruso, todavía vinculado al zarismo, en medio de condiciones de guerra contra las potencias capitalistas europeas, aunque reconocí que esos términos se habían extendido a la construcción del socialismo fuera de esos marcos históricos y sociales.

Con parte de un anca de res asándose en una parrilla, un buen vino y en medio de la euforia democrática que vivía Argentina después de un período nefasto de represión dictatorial, era muy difícil razonar con jóvenes de izquierda que la lucha por la emancipación revolucionaria condujera a una dictadura, por mucho que me esforzara en explicarles que se trataba de la dictadura de los desposeídos contra los opresores, y argumentara sobre la naturaleza hipócrita de las democracias burguesas, más interesadas en mantener el poder que en estructurar un “gobierno del pueblo”.

Ellos insistían en que si era dictadura, no importaba el apellido, no era bueno. La llamada dictadura del proletariado confundía el verdadero sentido de la lucha, y me di cuenta de que esa terminología no era eficaz para la política en aquellos contextos. Por otra parte, comencé a preguntarme por qué no asumir la construcción de la democracia socialista, todavía con mejores razones en la relativa paz, al menos sin un conflicto bélico, cuando la esencia del socialismo es la emancipación del ser humano y no ningún tipo de opresión, aunque fuera la del proletariado. Martí, hasta en condiciones de guerra, había defendido el orden jurídico que garantizara la democracia con justicia social por encima de cualquier opresión o caudillismo, por muy carismático y generoso que fuera, y ni siquiera tuvo en cuenta que se encontraba en condiciones excepcionales.

Más que retórica de alguna expresión, se trataba de un retraso en la teoría, una falta de readaptación conceptual o desfasaje de una conceptualización eficaz para acompañar a la política, cuestión que hoy mantiene importancia decisiva en la nueva guerra cultural que se le presenta al socialismo contemporáneo frente a los cambios constantes de la estrategia del último capitalismo.

Posiblemente, demasiadas previsiones para no caer en el “revisionismo”, cuando se trata de revisar todos los días los conceptos, generaron esta desactualización. En el último acto por el Primero de Mayo en la Plaza de la Revolución, desfilaron cooperantes internacionalistas del sector de la

Medicina —médicos, enfermeras y técnicos de la salud fundamentalmente—; maestros y estudiantes; campesinos cooperativistas, contribuyentes decisivos a la seguridad alimentaria; científicos que avalan la capacidad de los cubanos; trabajadores del sector turístico, portadores de un peso importante en la economía nacional, básicamente empleados de hoteles; militares defensores de las conquistas del socialismo... y algunos pocos obreros.

Sin embargo, tanto en los discursos como en las consignas, se enfatizaba que era el día de la “clase obrera”. ¿Clase obrera? ¿No celebrábamos la fiesta de todos los trabajadores? ¿Nos hace más “combativos” esa afirmación? Además, si se habla de “clase obrera”, ¿cuál es la otra clase? En ese acto, prácticamente el único que en Cuba actualmente se convoca de manera masiva y sistemática año tras año, también desfilaron los llamados “cuentapropistas”, un eufemismo innecesario, pues en idioma español ese grupo clasifica como sector privado.

¿A qué le tememos? ¿Por qué no reconocer la necesidad del sector privado para complementar al social, representado —obsérvese que digo representado— en el estatal —que es el más importante y se moderniza y perfecciona—, al cooperativo, el mixto, incluso, al que llega con una inversión extranjera regulada? Este legítimo proceso no se corresponde con la “privatización” neoliberal y sus “paquetazos” que debilitan al Estado y desprotegen a los más vulnerables.

Algunas veces, la falta de actualización de conceptos o el eufemismo de “sector no estatal” para no decir privado o precisar el tipo de propiedad a que se refiere, nos deja como si tuviéramos temor a enfrentar la discusión. Con eufemismos y simulaciones no llegaremos muy lejos, y esa orfandad de pensamiento y debate puede generar una sórdida y gratuita hipocresía ante ciertas evidencias.

Posiblemente un poco de eufemismo hizo falta para explicar años atrás una contingencia tan dramática como la crisis que todos vivimos cuando perdimos la mayoría de nuestro comercio con la URSS y los llamados países socialistas europeos; a una de las mayores crisis generales que ha conocido Cuba en toda su historia, se le llamó Período Especial; pero ¿en qué consistía la “especialidad”? sencillamente, condiciones de extrema pobreza material para casi toda la población y las instituciones, varias de las cuales prácticamente se desmantelaron en algunos años, pero tal vez no había que expresarlo de manera tan cruda en ese momento del shock.

Nadie ha declarado que el Período Especial ha finalizado, y es posible que nadie lo haga, pero su “especialidad” se ha ido extinguiendo paulatinamente, y quizás llegue a su fin cuando haya una sola moneda en el país y se recupere el valor del salario de acuerdo con la capacidad y esfuerzo de cada cual, aunque nada de esto garantiza pobreza cero en la población, como no sucede en ningún lugar del planeta —al menos hoy— Cuba muestra logros sociales en salud, educación, cultura, deporte y seguridad social envidiables para muchos en el mundo.

Al fin ya se exige analizar públicamente las causas internas de los problemas, que según el Marxismo que yo estudié son decisivas, y quizás son tiempos de llamar las cosas por su nombre y tomar al toro por los cuernos.

Repasemos: “resolver” se ha convertido, en la práctica cotidiana, en sinónimo de robar, receptar algo robado o traficar influencias; “pareja” es el novio o la novia de un homosexual masculino o femenino; “barrios periféricos” resulta una forma “académica” de referirse a barrios marginales, como La Timba, en medio de El Vedado; “comida gourmet” equivale, generalmente, a muy poca; las “visitas sorpresivas” suelen ser avisadas; “cemento blanco” le encargaba por teléfono una vieja, sabia y querida amiga a otra, cuando en realidad lo que quería era leche en polvo adquirida en el mercado negro, y hubo que cambiar “tela roja” para referirse a la carne de res, porque era ya tan conocido, que nada podía ocultar; bajo la cobertura de “parafrasear”, no pocos estudiantes plagian sin sonrojos; por evitar “corrupción”, decimos que un funcionario (o una secretaria, una recepcionista, un portero...) esperan una “atención”... Son “sutilezas” del lenguaje que invitan a una meditación, y no solo en aras del mejor uso del idioma.

Cuando comenzó el proceso para cambiar el modelo económico —o quizás para hallar alguno—, con el objetivo de continuar construyendo un socialismo mejorado, más razonable y original para Cuba, apareció la expresión “actualización”, que considero incompleta porque no sintetiza todo lo que hay que hacer para encontrar ese modelo: no solamente hay que poner al día cuestiones económicas para lograr un objetivo social, político y cultural superior en esta circunstancia, sino que se requiere algo más allá de lo renovador: hay que transformar.

No hay que tener previsiones con esta palabra que el marxismo utilizó mucho en sus estudios sobre la dialéctica y que la Revolución cubana no ha abandonado desde que triunfó hasta hoy: desde 1959 la Isla siempre se está transformando, gracias a lo cual ha sobrevivido a las más duras pruebas y a las más fuertes contingencias, y presumiblemente lo seguirá haciendo en dependencia de cada situación y conveniencia para mantener el proyecto político que ha escogido su pueblo.

La transformación revolucionaria para cumplir los propósitos martianos de “con todos y para el bien de todos”, está en el centro del debate en las discusiones después del 7mo. Congreso del Partido: no es solo actualizar, sino “cambiar todo lo que deba ser cambiado”, tal y como ha quedado registrado en el concepto fidelista de Revolución, y esos cambios, como siempre, tienen que contar con una real democracia basada en opiniones de la gran mayoría del pueblo, que estamos en el deber de captarlas y hacerlas valer por consenso, favoreciendo a los más desprotegidos: eso es socialismo cubano.

Para que esto sea posible, se impone un despliegue de la información necesaria para lograr responsablemente la más amplia libertad de expresión, una frase a la que tampoco hay que temerle, pues se trata de manejar criterios con información, y ojalá que todas esas opiniones algún

día puedan ser puntualmente reflejadas en los medios, que tienen que conceptualizarse como propiedad social y no como de funcionarios estatales —no es casual que en las “Cartas a la Dirección” del periódico Granma se haya tenido que echar mano a las “coletillas”, para cuestionar o acotar respuestas institucionales incompletas o poco convincentes. La “democracia”, el “empoderamiento” y la “libertad de expresión” que exigen nuestros enemigos, no se corresponden con los conceptos socialistas para un proyecto de desarrollo económico, social, político y cultural para Cuba, pero la respuesta no puede corresponderse con los mecanismos defensivos remanentes de la Guerra Fría.

Las cuestiones de principios son democracia socialista, participación ciudadana, transparencia en la información y libertad responsable; no porque aparentemente las exija con disfraz cínico un enemigo que encubre el verdadero significado de esas sustantivas razones, sino porque encarnan las esencias del socialismo cubano, tópicos en que mucho hay que trabajar todavía, junto con la conceptualización de un sólido modelo económico.

Economía y democracia socialistas son, a mi juicio, los dos pilares más urgentes para atender, talones de Aquiles de nuestro socialismo, y tienen como sustento a la cultura, es decir, los conocimientos y los saberes. Siempre que se deje algo pendiente, postergado, relegado de conocimientos y saberes, quienes quieren destruir a la Revolución lo usan; por ejemplo, las nuevas tecnologías de la información, que deben ser implantadas de la manera más eficaz para objetivos revolucionarios sin que medien sabios intermediarios.

Las reglas para la transparencia del debate las debe dictar el pueblo con una participación real y no nominal, no ningún grupo por muy “esclarecido” que crea estar. Si se tienen en cuenta los mejores frutos de la participación de los verdaderos sujetos de las transformaciones económicas, sociales, políticas y culturales, se logra el auténtico compromiso para realizar los programas de inclusión y justicia social que necesitamos.

Esta participación se puede frustrar sin la transparencia en las informaciones, sin el debate cuando no se alcancen las expectativas deseadas. El pueblo tiene que estar informado de todo, y la primera versión debería ser la de su gobierno; se trata de una primicia responsable de vital importancia para exigir la responsabilidad hacia la libertad de opinión que aceptamos. Hay que desterrar la política informativa del avestruz, y la otra: la que intenta tapar el sol con un dedo bajo eufemismos, simulaciones, velos, reticencias...

Resulta peligroso dejarse provocar por el cinismo imperialista. En la gira de Obama por América Latina visitó lugares paradigmáticos de represión inaugurados por el Plan Cóndor en Argentina; en otra gira por Asia, dijo cínicamente que estaba al lado de Vietnam frente a China en los conflictos fronterizos, porque ¡los países poderosos no deben ser abusadores con los pequeños!, y exigió “derechos humanos” en una tierra en que su país lanzó napalm a la población civil; en Japón hizo una

reverencia ante el monumento que representa el genocidio perpetrado por el ataque de su país a Hiroshima, cuando Estados Unidos ha multiplicado hoy su arsenal nuclear y lo continúa haciendo.

Ahora más que nunca la cultura del debate y no la del silencio, la del diálogo y no la prepotencia de quienes se sienten en el derecho de no responder preguntas de los ciudadanos a los que se deben, porque son “servidores públicos”, deben acompañar a los procesos políticos emancipadores. Cualquier revolución necesita dialogar y persuadir, utilizar la política y establecer un sólido cuerpo de leyes, y no confiar solamente en el carisma de líderes que, como todos los seres humanos, tienen una vida limitada en relación con la trascendencia de los procesos progresistas y liberadores que fundan.

Son indispensables la cultura y los valores para hacer política; también la pasión en nuestros pueblos es inevitable, pero lo más importante es la inteligencia, la honestidad y la transparencia para forjar ideales y compromisos. Pasó el momento del silencio o los eufemismos, porque “hay que levantar el estado político-moral”; de los velos porque “no hay que darle armas al enemigo”; de las reticencias, porque “el pueblo no está preparado” ... La moral se levanta con la verdad, los cubanos de hoy están preparados para recibirla y resulta una subestimación creer que con un lenguaje ligero podemos contentar las necesidades informativas de ciudadanos con más de noveno grado de escolarización, que antes de recibir la “noticia” oficial ya han accedido por otras vías a varias versiones: el pueblo tiene moral suficiente para recibir malas noticias si se explican adecuadamente. Quien no esté preparado para este momento y tenga miedo a equivocarse, que ceda el paso a quienes tienen todas las condiciones para ser los actores sociales y políticos de esta nueva era.

** Eufemismo, según la RAE es la “Manifestación suave o decorosa de ideas cuya recta y franca expresión sería dura o malsonante.”*

El recurso al eufemismo, los rodeos, las elipsis, las paráfrasis y el circunloquio son el complemento perfecto para suavizar malas noticias o malos conceptos.

Yo tengo algunos ejemplos que no aparecen en el escrito, tal vez usted pueda aportar otros:

<i>Cáncer</i>	<i>Larga y penosa enfermedad</i>
<i>Ciudadelas</i>	<i>Cuarterías</i>
<i>Cooperativa No Agropecuaria</i>	<i>Cooperativa Privada</i>
<i>Extracción</i>	<i>Desalojo</i>
<i>Internos</i>	<i>Presos Reclusos</i>
<i>Libreta de Abastecimiento</i>	<i>Libreta de Racionamiento</i>
<i>Módulo de Presencia</i>	<i>Ropa para Trabajadores</i>
<i>Período Especial</i>	<i>Crisis Nacional</i>
<i>Personal Disponible</i>	<i>Personal Despedido</i>
<i>Personal Idóneo</i>	<i>Personal que mantiene su trabajo</i>
<i>Reordenamiento Laboral</i>	<i>Despidos</i>

Sector No Estatal

Sector Privado

Pollo de dieta y pollo de población

El Cíclope Tuerto

“Deberíamos leer menos, afirmó Z. con mal humor”. A su modo de ver, leer era una mala costumbre, tan perjudicial para la salud como el tabaco. “Si me hubiera dedicado a pensar en lugar de hojear libros o incluso periódicos”, prosiguió, “probablemente me habría vuelto más inteligente”.

Hans Magnus Enzensberger Reflexiones del señor Z.